

lucha: Ariel, el batallador, sea campeón de América y el Arielismo doctrina política americana, única doctrina política americana y único partido digno de reclamar la devoción, la fe y la esperanza. Tras la subterránea gestación de las raíces vendrá la flor. Es justo. Mientras tanto, sea la sacra premonición lábaro. Y grillete y cárcel y delirio. No hay amor más puro que éste de los grandes adelantados por el futuro, el necesario futuro del ibero Fernández Suárez. Contra los fanatismos y las feroces y parciales intransigencias: América total y orbica, arca de las cuatro razas de la Biblia —todas santas, grandes e inspiradas— y foro ecuménico de un grave ejercicio humano. A través del son de las liras y el fragor de las armas y el humo de los incensarios, la historia —sobrehaz de la vida— gira, gira. Con voz misteriosa y ritual lo dijo Darío:

... Por César y Orfeo nuestro planeta gira,
y hay sobre la tierra que llevar en la mano,
dominadora siempre, o la espada o la lira.

César y Orfeo . . . El canto de Orfeo, la hágada. ¡Y siga sonando la lira órfica de Alfonso Reyes!

Mauricio MAGDALENO.

El Universal, México, 16 Dic. 1937,

a 4 de Enero 1938.

ALFONSO REYES

En la época en que Alfonso Reyes vivía en Madrid, —se dedicaba casi exclusivamente a la literatura desinteresada y al periodismo activo—, el mundo ofrecía aún al espectador la ilusión de que se esforzaba en realizar sus esperanzas antiguas. Y esas esperanzas eran recientes. Sembrados y concretados en algunas fórmulas en las postrimerías del siglo XIX y en los comienzos de este siglo, parecían destinadas a cuajarse en una realidad posible. Ciertamente, ese mundo efímero se traslucía a través de hechos incongruentes, de problemas contradictorios, de fenómenos agudos. Pero se percibía en su conjunto indeciso algo que permitía mantener la fe en una próxima unidad moral del hombre, inclinado teóricamente hacia un perfeccionamiento general.

Alfonso Reyes nos da en sus ensayos sobre esos problemas aislados o esos acontecimientos, una visión panorámica. Su examen de hechos o de ideas nos facilita la labor de clasificación histórica y ordena con sus juicios lo que sabíamos en forma disgregada o estaba en nuestro espíritu más como una sensación que como un conocimiento. Desde este punto de vista, así como desde un punto de vista más trascendental, este libro suyo, compuesto de retazos, según lo exige la diversidad y el carácter de los asuntos que expone o analiza, no está sujeto a condiciones rigurosas de tiempo. Sus páginas no representan el reflejo de una actualidad fenecida y sumergida en una especie de arqueología literaria o periódica. Se desprende de estos trabajos, que conservan el calor de las jornadas en que se forjaron y encierran la temperatura apremiante de su momento, una lección que sobrevive todavía y nos ayuda a medir y a valorar los sucesos ulteriores.

Y es porque Alfonso Reyes, escritor o periodista, observa la vida con un criterio perdurable de historia y no con un sentido simplemente objetivo de crónica.

Siendo un cronista fidedigno es siempre un intérprete con poderosa facultad de generalización, para quien los conflictos políticos o los choques ideológicos revisten, por encima de la refriega eventual o del escenario local, una dimensión humana. Se explica; Alfonso Reyes, radicado en Madrid o en París, en *aquellos días*, no era un hombre enquistado ancestralmente en una sociedad de tradición inmutable. Su cultura de humanista, sus aficiones intelectuales y su gusto elaborado de poeta de los cenáculos europeos, no desalojaron del fondo de su mentalidad de americano las preocupaciones, y más que las preocupaciones, el instinto definido de miembro de una comunidad que encarna en el Continente un movimiento de inflexiones precisas. Cuando Alfonso Reyes escribía los comentarios que contiene su libro, México se desgarraba y se rehacía en su largo proceso de renovación, y ese esfuerzo extraordinario, de tan vasto desbordamiento continental, le comunicaba una efusión, una amplitud cordial que en vano buscaríamos en los comentaristas no americanos de esa misma hora. Lo que en estos se reduce a una expresión circunscrita de lugar y de instante, adquiere en Alfonso Reyes ecos de universalidad. El europeo comprende únicamente el interés inmediato, la conveniencia inminente. Alfonso Reyes, en cambio, al opinar sobre las graves cuestiones que se agitaban, extendía su intuición más allá de la raya fronteriza y las penetraba, así sea en los detalles marginales, con una profundidad que no nos proporciona habitualmente el documento cotidiano del periódico o la síntesis elemental del ensayista.

Este libro, además de situar los problemas de acuerdo con su raíz efectiva y en su espacio físico, además de radicarlos históricamente, los diseña en su importancia para la humanidad. Por ser un habitante de América, los interpreta con un sentimiento de justicia extranacional, extra-terrestre. Un ejemplo de lo que digo se halla en su notable estudio sobre la formación y el desarrollo del sionismo. Desde que el doctor Teodoro Hertzl esbozó el programa del judaísmo irredentista, se ocuparon muchos escritores y políticos

cristianos de ese propósito, fundado en el restablecimiento de la nacionalidad histórica de los judíos. Ninguno de ellos ha visto este problema con más claridad mental y más generosidad de espíritu. Para los políticos y tratadistas de Europa la vuelta de los hebreos a Palestina es una complicación o es un absceso en la urdimbre europea.

Se eriza para ellos con dificultades de orden hereditario o prejuicios religiosos y raciales que un pensador o un poeta de América puede comprender con su raciocinio pero que no admite en su ética. Y es porque su ética histórica no está determinada por la pesantez occidental de lo pretérito, sino por la abolición práctica de esa pesantez. De ahí que su análisis del sionismo, en sus etapas distintas, tenga una proyección que no revela el examen de semejante advenimiento hecho por grandes estudiosos de la política, sojuzgados o reducidos en su filosofía por razones de herencia, o restringidos por resortes que les colocan en una posición de hostilidad instintiva. Creo que los judíos deben considerar este capítulo de Alfonso Reyes como el esquema mejor del sionismo en su relación con la realidad permanente, tanto por la honradez de la exposición como por su acento enternecido, que nunca confina en excesos de retórica sentimental.

Sus artículos sobre vida española nos interesan, acaso más, por causas análogas, que los de los escritores peninsulares publicados en *Aquellos días*. Esa superioridad de Alfonso Reyes se debe también a la definición típica de su inteligencia americana. Reyes sabe vincular las circunstancias del acontecimiento ibérico o la reacción psicológica del individuo ibérico con la atmósfera mundial y su conclusión nos conduce a reflexiones que se salen del dibujo que lo sugiere.

En una palabra, el libro de Alfonso Reyes, que por su título evocador y humilde se refiere a un período delimitado, tiene una supervivencia no común en esa índole de producción literaria. No es difícil descubrir el motivo de esa duración. El lector americano

conoce a Alfonso Reyes. Esas cualidades excepcionales que convierten a un libro de crónicas en un libro de cronicidad, en un testimonio de historia, se debe a que Alfonso Reyes es, ante todo, un artista viviente, un poeta que lleva en sí el impulso de perpetuidad de la poesía. Nosotros los argentinos lo sabemos. Estábamos acostumbrados a leer sus versos y su prosa y veíamos en su obra el flúido de un espíritu armonioso y completo, cuya manifestación libre no cohibía la ciencia artística, la sabiduría técnica del idioma o la inclinación estética en boga. Su sensibilidad cambiante nos contagiaba; su ingenio delicado nos seducía. Mas, al convivir con nosotros, con tan abierto corazón, comprendimos el secreto de su influencia. El arte de Alfonso Reyes, su prolija complejidad espiritual, su sabia sutileza, su profuso dominio del clasicismo y su absoluta modernidad, jamás ocultan o sustraen la intimidad del poeta, su inquietud individual, su ingenua perplejidad ante el universo. Este artista refinado es inalterablemente humano, angustiadamente humano, consubstanciado con la confesión americana, y, en un grado más ardiente, con la confesión que hace su tierra natal al continente sorprendido. A través de la acción personal de Alfonso Reyes, hemos penetrado en Buenos Aires la recóndita substancia de que se nutre el movimiento mexicano y lo hemos alojado en el espíritu, no como una variedad del trastorno universal, sino como un aspecto de la existencia americana y como una refracción de los designios cardinales de América.

La singular personalidad de Alfonso Reyes en la literatura hispanoamericana alcanza ya contornos decisivos. Tal vez no se den cuenta sus propios compatriotas de lo que significa esa personalidad para la gente de la Argentina, del Brasil, de Chile, del Perú, del Uruguay, del Paraguay. Su talento cautivador nos denuncia, vuelta a vuelta, al filósofo reflexivo en quien el rigor de lógica y el hábito claro de la objetividad no extenuaron "los pechos de que fluye la tibia leche de la bondad humana".

Este gran poeta realizó, pues, una función de diplomático in-

signe; nos familiarizó esencial y minuciosamente con la modalidad, con la orientación, con el maravilloso coraje en la transformación creadora del pueblo mexicano. Y para la América toda, Alfonso Reyes, poeta continental de nuestra lengua, es un representante de México.

Alberto GERCHUNOFF.

Prólogo al libro de A. Reyes,

Aquellos días,

Santiago, (Chile), 1938.

LOS ESPAÑOLES EN CUBA

Carta Abierta a Alfonso Reyes

Mi muy admirado amigo:

Ha de perdonarme, ante todo, el retraso con que correspondo a su amable carta y el modo con que lo hago. Habría querido corresponder doblemente enviándole a usted, como Director de La Casa de España en México, una crónica sobre algún otro de los libros por ella publicados y una carta particular agradeciéndole la suya tan afectuosa y de tanto valor para mí. Ha pasado el tiempo sin que la Casa de España haya tenido la gentileza, —que me parece elemental— de enviarme sus publicaciones, a pesar de mi leal y modesta colaboración y de las bellas y nobles palabras de usted. Y ahora un libro suyo, que he adquirido, con mucho gusto (aunque no puedo hacerlo con todos) me junta en un mismo apremio dos distintos agobiadores atrasos, por lo que me decido a escribir de una sola vez el artículo y la carta, muy deseoso de demostrarle una vez más la devoción que le tengo desde hace años y el mucho deleitoso provecho con que me entrego a leerle.

Deje, pues a un lado, lo antedicho. Al cabo, no es cosa de mucha monta. Ya es vieja costumbre entre escritores de España la precaución de no dar a otro ocasión de beligerancia. Y ahora la guerra y esa especial manera de sumisión temerosa con que algunos cuidan de no comprometerse, o de precaverse por no saber bien si se comprometerían, han hecho, sin duda, que aumenten los cautos las precauciones. ¡Ah!, antes de seguir adelante, quiero aprovechar la ocasión para rogarle que, si como espero, ve usted por ahí a Díez-Canedo, mi amigo de siempre, le dé un abrazo en mi nombre. Es ya mucho el tiempo que no sé nada de él.

Y a todos los demás amigos españoles que ahí, en esa Casa de España y en la compañía grata de usted, nuestro amigo y maestro

de mejores días, han hallado algo más y más entrañable que cobijo y mantenimiento, envíeles también, por la honrosa y cálida mediación de usted, un fuerte abrazo. De algunos de ellos he sabido con mucho contento muy buenas nuevas. Y todas ellas, mi querido y admirado Reyes, me añaden nuevos motivos para quererle a usted, que tanto quiere a España y para querer a México —a quien tanto deseo visitar— como quiero a esta noble tierra de Cuba que ha sido buena para mí, antes, durante y después de la guerra de España, sin interrupción, cordial y benigna.

No habré de decirle a usted, que tanto y tan a fondo conoce lo español, hasta qué punto me han de parecer hermosos el gesto de México creando esa Casa de España y su acierto poniendo al frente de ella a un hombre como usted en quien, por concurrencia feliz de tantas nobles circunstancias, hace ya mucho tiempo que la mejor España tiene su Casa de México.

Para lo sustantivo y fundamental, que es lo hondo y entrañable, ello vale y significa una continuidad que todos los españoles, tanto los que la viven ahí, como los demás, hemos de entender como el reconocimiento venturoso de una gravitación histórica.

Por todo esto, me llena de tanto alborozo el buen suceso de esa empresa que, en cierto modo, nos lo trae de nuevo a usted a casa, en la Casa que México le ha ofrecido a España. Y auguro el buen auge de sus labores intelectuales. Puede juzgar hasta ahora por la publicación del primero de los libros que ha editado y por este suyo con cuya gustosa lectura acabo de regalarme. Pero es ya excesivo el preámbulo, y, con su venia, mi admirado amigo, dejaré para mañana tratar de su libro.

Mientras tanto, sabe cuanto le quiere y admira su viejo amigo.

Rafael MARQUINA.

Acción.

Habana, 12 de Septiembre de 1939.

LOS ESPAÑOLES EN CUBA

Prosigue la carta a Alfonso Reyes

Gran acierto ha sido, mi muy admirado y querido Alfonso Reyes, el de reunir en este interesante tomo, bajo el título de *Capítulos de Literatura Española*, algunos de sus trabajos sobre temas que, siendo de literatura, tienen —como usted sabe verlos— tratarlos—no sé que virtud honda de sustantiva perennidad más allá de los límites de lo literario y de lo erudito, para tocar médula de universalismo, de filosofía, siempre actual y viva.

Leyendo, por ejemplo, algunas de sus agudas disquisiciones —tersas y claras, en esa finura de estilo tan suya como ejemplar— sobre el atormentado señor de la Torre de Abad, yo no sé qué actualidad alucinante iba ganando para el provecho y el hondo afán de mis cogitaciones, la cita —y sobre todo el tono y el estilo— de Quevedo. Y en algunas de las sutiles e informativas páginas que dedica a Lope de Vega, he sentido palpitar en el hombre de todos los tiempos una honda percusión española, por méritos de aquel popularismo español que usted en breves y veraces atisbos, desentraña y muestra tan por lo claro, en su verdadero sentido humano.

Quiero decirle con ello, —lo declaro por si mi torpeza lo ha dejado oscuro— que en sus *Capítulos de Literatura Española*, —tan pulcramente editados por la benemérita Casa de España— hay algo más, hay mucho más que su mucho y erudito saber, tan frecuentada de aciertos y de “definiciones”, en el sentido hondo de la palabra; hay como una edificación, como un replanteamiento de los pilares sólidos sobre que descansa la esencia misma de lo español, captada con perspicacia amorosa y sapiente. Y es eso, aparte el valor documental y de consulta preciosa, lo que tiene, en su sentir, de más bello y de más valioso este libro. Pienso que a ello obedece, en el fondo, la trabazón que lo unifica, a pesar de la plu-

ral procedencia y el lapso temporal que separa unos de otros los interesantes “capítulos” que lo integran.

Paréceme, desde luego, este mérito singular y precioso, una prueba más de la excelencia de su espíritu, (maestro y prócer, amigo mío en España y en Monterrey, en el mundo y en México), señera precisamente en el logro feliz de las interpretaciones exactas. Lo sutil es en usted una fortaleza que, en otras manos, se quebraría por lo más recio pero que entre las suyas cobra una consistencia definitiva.

De este gran mérito que me deleita en su libro, se desprenden, según yo lo entiendo, algunas otras cosas de que, siempre con su venia, hablaremos mañana.

Rafael MARQUINA.

Acción.

Habana, 13 de Septiembre de 1939.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

LOS ESPAÑOLES EN CUBA

Concluye la carta a Alfonso Reyes

Cuando usted dice, por ejemplo, mi admirado amigo, que a Lope "como le gustaba todo, no tenía "gusto" en el sentido limitado de la palabra", y cuando afirma en su sutil *Prólogo a Quevedo* que a virtud del prurito de la especialización, que no tuvieron los escritores españoles de aquel siglo, "se ha venido desestimando un poco la profesión general de hombre, y el sueño del enciclopedista nos parece sólo un sueño dorado" incide usted venturosamente con su afán mental en el problema de nuestro tiempo y cumple aquel adentrarse y adentrarnos en lo permanente y sustantivo a que he querido referirme antes. Y es don y fruto a la vez de su alta maestría crítica este provecho por donde le deriva hacia lo vivo y lo actual el trasiego de su miel erudita. De la erudición hace muy activa palanca con que mover el mundo, aun no importando que sea un punto muerto aquel en que la apoya.

De este modo, su revisión de los valores clásicos, adquiere una significación nueva, y todo se liga en una humana concepción de vida, de continuidad, de re-creación, sin la cual no valdría la pena de que un escritor se desviviese por decirle al mundo su palabra. Lo importante, a modo mío de ver las cosas, es lo humano que deja tras de sí la obra de un genio o de un artista, y tanto más importante y bello y bueno, cuanto más nos sirva su palabra, desde la lejanía del tiempo, a incitar nuestra conciencia, a excitar nuestra responsabilidad, a irritar nuestra íntima protesta. Yo creo que Quevedo, en este sentido, nos incita, excita e irrita. Y admiro en usted, entre otras excelentes virtudes de arte, ésta nobilísima y pulida con que ha sabido entenderlo, acercando al jadeo atormentado de nuestro tiempo a "ese todo un hombre" que fué Quevedo.

En todos los *Capítulos* de su libro hallo yo, mi querido Reyes, amigo mío en el silencio, muy dichosos hallazgos, pero quizá me

ha doblado el deleite el delicioso *Diálogo sobre Gracián* que me ha hecho revivir el tiempo ya viejo en que España podía con calma dedicarse a platicar sin bárbaros odios sobre cosas del espíritu; aquellos tiempos en que usted tenía, en donde quiera que estuviese la Embajada de México, una Casa de España en ella. Me ha parecido modélico el diálogo, primor de esgrima literaria con toda lealtad bellamente cumplida y con una elegancia de estilo que habría sido también muy del gusto de Gracián.

... ¿Y qué más, mi querido Reyes? Mucho quisiera y debiera decirle también de sus "capítulos" sobre el mexicano Ruiz de Alarcón, tan bien siluetado en triple-acierto y en única verdad no sospechosa; de su erudita y amena remembranza del Arcipreste gigantón y poeta... Pero me falta el tiempo y el espacio y a usted quizá empieza ya a faltarle la paciencia...

En estos tristes tiempos, en que todo es tan distinto para el espíritu de lo que el espíritu habría deseado, en estos tristes años del siglo XX, presunto asesino del Hombre, de hombre a hombre, de espíritu a espíritu pocas coyunturas se nos ofrecen para unir en una efusión sincera las melancolías íntimas en un alborozo de "saber-nos" aun no contaminados y que nos consuela, con triste alivio de brisa fugaz, de asistir a la puesta de un sol que acaso ya no volveremos a ver. He querido aprovechar ésta que me ha procurado la publicación de su libro, para expresarle con mi admiración de siempre, la devoción con que mi espíritu reverencia la clara honestidad del suyo.

Huélgase con ella la buena amistad, muy suya, de

Rafael MARQUINA.

Acción.

Habana, 13 de Septiembre de 1939.